

El diario de Ana Frank

The background of the entire page is a dark blue silhouette of a person with long hair, seen from behind, sitting at a desk and writing in a spiral-bound notebook with a pen. In the upper left corner, there is a faint, light-colored silhouette of a window with a grid pattern.

Adaptación teatral de

Frances Goodrich
Albert Hackett

joven
teatro de papel

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

(Al levantarse el telón, la escena está vacía. Está anocheciendo en un día del mes de noviembre de mil novecientos cuarenta y cinco. Desorden, abandono, polvo, suciedad... pueblan las habitaciones. Las cortinas están hechas jirones y, en el cuarto principal, las sillas y la mesa están volcadas. Se abre la puerta de acceso y aparece el SR. FRANK, que acaba de subir la escalera fatigosamente. Se detiene y por un momento lo observa todo con detenimiento. El señor Otto Frank es un hombre de mediana edad, amable, culto. En su manera de hablar se notan restos de acento alemán. No lleva sombrero y tanto el traje como el abrigo están muy raídos. Se nota que está muy débil y, tal vez, enfermo. Hace un esfuerzo sobrehumano por controlarse. Después de unos segundos termina de subir los escalones y cruza lentamente la habitación, dejando sobre el sofá un petate arrugado que traía en la mano. Abre la puerta que da al dormitorio de la derecha y casi

enseguida, bruscamente, la cierra. Se aleja pensativo. Desde fuera llega el sonido del carillón, que da las seis. El SR. FRANK va hacia la ventana que hay detrás de las escaleras de entrada y mira al exterior. La sirena de un barco se deja oír a lo lejos. El SR. FRANK camina por el cuarto y se detiene ante una bufanda que cuelga de un clavo. Es una bufanda tejida a mano y de muchos colores mezclados. La mira un momento con ternura y después se la coloca en el cuello. En el exterior se oye el sonido de un organillo callejero y las voces de chicos que juegan y pelean. El SR. FRANK va en busca del petate y de pronto ve algo tirado en el suelo; se agacha para recogerlo. Es un guante blanco de mujer. En un instante todo su valor y control desaparecen y rompe a llorar, hundiendo la cabeza en las manos. Se oyen pasos de alguien que sube la escalera. Es MIEP GIES, una chica holandesa muy simpática que ronda el ecuador de la veintena. Está embarazada. Su aspecto denota capacidad y mucho coraje. Su actitud hacia el SR. FRANK es compasiva y protectora. Fue su secretaria hace años. Lleva puestos abrigo y sombrero; está a punto de irse a su casa. De su cuello cuelga una pequeña cruz de plata.)

MIEP. *(Subiendo las escaleras.)* ¿Se encuentra bien, señor Frank?

SR. FRANK. *(Controlándose rápidamente.)* Sí, Miep, sí.

MIEP. Todos los empleados se han ido a sus casas.

Son más de las seis. No se quede aquí arriba, señor Frank. ¿Qué gana torturándose así?

SR. FRANK. He venido para decir adiós a todo esto. Me voy, Miep.

MIEP. ¿Qué quiere decir? ¿Se va? ¿A dónde?

SR. FRANK. No lo sé todavía. No lo he decidido.

MIEP. (*Con ternura.*) Señor Frank, ¡usted no puede irse de aquí! ¡Ésta es su casa! ¡Ámsterdam es su casa! ¡Y su negocio también está aquí esperándolo! Lo necesitamos con nosotros. Ahora que la guerra ha terminado, hay tantas cosas que hacer.

SR. FRANK. No podría quedarme en Ámsterdam, Miep. Por todas partes encuentro recuerdos dolorosos. La casa donde vivimos, la escuela, el organillo de la calle... (*Se calla un segundo para escuchar el organillo.*) Ya no soy aquella persona que tú conocías, Miep. Me he convertido en un viejo amargado. (*Pierde el control y solloza.*) Perdóname, no debería hablarte así. Después de todo lo que has hecho por nosotros; después de todo el sufrimiento que...

MIEP. ¡No, no! Nada de sufrimiento. No hay nada que decir de nuestro sufrimiento. (*Mientras habla levanta la silla caída.*)

SR. FRANK. Sé muy bien todos los riesgos que tuvisteis que afrontar por protegernos, tanto tú como el señor Kraler. Y lo mucho que hicisteis por ayudarnos. Lo recordaré mientras viva. (*Recorre por última vez*

el cuarto con la mirada y se dispone a salir.) Vámonos, Miep. (Va hacia la escalera, después recuerda que dejó el petate y vuelve a buscarlo.)

MIEP. *(Yendo hacia un armario.)* Señor Frank, ¿ha visto esto? Son papeles suyos. *(Trae un montón de papeles y se los enseña.)* Los encontramos tirados en el suelo después de que... después de que se fueran.

SR. FRANK. ¡Quémalos! *(Abre el petate y guarda allí el guante.)*

MIEP. Pero señor Frank, aquí hay cartas y notas y...

SR. FRANK. Quémalo. Quémalo todo.

MIEP. ¿Y esto también? *(Le entrega un libro forrado con terciopelo.)*

SR. FRANK. *(Con mucha ternura.)* El diario de Ana. *(Abre el diario y comienza a leer.)* «Lunes seis de julio de mil novecientos cuarenta y dos.» *(A MIEP.)* Mil novecientos cuarenta y dos. ¿Será posible, Miep? Solamente han pasado tres años. *(Se sienta en el sofá mientras sigue leyendo.)* «Querido diario, como vamos a terminar siendo grandes amigos, empezaré por contarte algo de mí. Me llamo Ana Frank. Tengo trece años y nací en Alemania el doce de junio de mil novecientos veintinueve. Como mi familia es judía, tuvimos que emigrar a Holanda cuando Hitler llegó al poder.

(Mientras el SR. FRANK lee con voz emocionada, otra voz se une suavemente a la suya, como si viniese del más allá. Es la VOZ DE ANA.)

SR. FRANK y ANA. Mi padre puso en marcha un nuevo negocio: la importación de especias y hierbas aromáticas. Las cosas marcharon bien para nosotros hasta mil novecientos cuarenta. Después vino la guerra, la derrota holandesa (*Pasa la página.*), y la llegada de los alemanes. Entonces todo empeoró mucho para los judíos.»

(Las luces se han ido apagando lentamente hasta llegar al oscuro total. Simultáneamente, la voz del SR. FRANK se va extinguiendo y la VOZ DE ANA se apodera de la escena a oscuras.)

VOZ DE ANA. No podíamos hacer esto, ni podíamos hacer aquello. Forzaron a papá a dejar su negocio y nos obligaron a llevar la estrella amarilla cosida sobre nuestras ropas. Por mi parte, tuve que entregar mi bicicleta. Y no pude asistir más a la escuela pública holandesa, ni al cine, ni ir en coche, ni siquiera en tranvía, y un millón de cosas más. Pero de una manera u otra, los niños siempre nos las arreglábamos para conseguir divertirnos. Ayer, papá me comentó que teníamos que escondernos, aunque no quiso decirme dónde. Esta mañana, a las cinco, mamá me despertó y me dijo que me vistiera a toda prisa y que me pusiera todas las ropas que pudiera, unas encima de otras, porque resultaría muy sospechoso que fuéramos por las calles con

maletas. Sólo cuando estábamos en camino supe a dónde íbamos. Nuestro escondite iba a estar en el desván del edificio donde papá había tenido su negocio. *(La escena se ilumina lentamente mientras la VOZ DE ANA se va extinguendo poco a poco.)* Otras tres personas vendrían con nosotros: los Van Daan y su hijo Peter. Papá conocía bien a los Van Daan, pero nosotros nunca los habíamos visto.

(A lo lejos se oye la sirena de un barco.)

ESCENA SEGUNDA

(Por la mañana temprano, un día de julio de mil novecientos cuarenta y dos. Ahora ya no están las fotografías que había al principio, ni un mapa de guerra, ni la planta muerta, ni la labor de punto. Las habitaciones han sido preparadas para vivir. Las camas están hechas, las lámparas en su sitio y los muebles dispuestos. Las cortinas de separación están parcialmente corridas y, aunque no son nuevas, se encuentran en buen estado.)

Los tres miembros de la familia Van Daan están esperando que lleguen los Frank. El SR. VAN DAAN es un hombre corpulento que supera bastante la cuarentena. Va de una parte a otra del cuarto, mientras fuma nervioso. Su sombrero es elegante y sus ropas son caras y muy bien confeccionadas.

La SRA. VAN DAAN está sentada en el sofá, aferrada a sus posesiones: una sombrerera, una bolsa y una maleta de mimbre. Es una mujer muy guapa que apenas pasa de los cuarenta. Sobre el vestido lleva un abrigo de pieles.

PETER VAN DAAN está de pie, junto a la ventana del cuarto de la derecha; mira hacia la calle.

Es un chico de dieciséis años, algo tímido y desgarrado. Viste un chaquetón, pantalones bombachos de estilo holandés y una gorra. A sus pies hay un transportín negro en el que lleva su gato.

La estrella amarilla de David aparece visiblemente colocada en las ropas de todos. La SRA. VAN DAAN estornuda. El SR. VAN DAAN se sobresalta, la mira y, después, observa su reloj. Ella se levanta y camina nerviosa.)

SRA. VAN DAAN. ¡Les ha pasado algo, estoy segura!

SR. VAN DAAN. *(Yendo hacia ella.)* ¡Venga, Kerli, tranquilízate!

SRA. VAN DAAN. El señor Frank dijo que, como muy tarde, estarían aquí a las siete. Dijo que...

SR. VAN DAAN. Han de recorrer más de tres kilómetros a pie. No irás a pensar que...

SRA. VAN DAAN. *(Interrumpiendo.)* Los han cogido.

(Se oye abrirse la puerta de abajo.)

Eso es lo que pasa: los han detenido.

(El SR. VAN DAAN indica a su esposa que alguien viene.)

SR. VAN DAAN. ¿Lo ves? ¡Ahí están!

(El SR. FRANK sube las escaleras. Se le ve mucho más joven que en la escena primera. Sus movimientos son rápidos y transmite confianza en sí mismo. Lleva abrigo, y trae en la mano su sombrero y una caja de cartón.)

SR. FRANK. *(Va hacia los VAN DAAN y estrecha su mano.)*
Señora Van Daan, amigo Van Daan, Peter... Demasiado policía verde²⁶ por las calles. Hemos tenido que alejarnos y dar un rodeo.

(Suben las escaleras MIEP, que ahora no está embarazada, MARGOT, el SR. KRALER y la SRA. FRANK. El SR. KRALER lleva dos carteras. Con un ligero movimiento de cabeza saluda a los VAN DAAN, se dirige hacia los estantes del fondo izquierdo del escenario y revisa lo que hay en ellos. MIEP y MARGOT van hacia el centro de la mesa. En la parte derecha, MIEP deposita la ropa que lleva en una maleta de mimbre, mientras en la parte izquierda MARGOT deja un bolso de piel y una bolsa marrón de papel. La SRA. FRANK también lleva una bolsa de piel sintética y un bolso de mano. MARGOT tiene dieciocho años, es una chica guapa, tranquila y tímida. La SRA. FRANK es una madre joven, de modales refinados

26. La Policía «verde» –*Grüne Polizei*, según la denominaban popularmente los holandeses, por el color de su uniforme– era un cuerpo de la policía adscrito a las fuerzas de ocupación alemana en Holanda.

y muy reservada. Al igual que su esposo, tiene un ligero acento alemán. Sobre la ropa de los Frank destaca la estrella amarilla de David. El SR. KRALER es un simpático holandés de buen corazón en quien se puede confiar. Lleva un audífono en la oreja.)

SRA. FRANK. (Llama desde arriba hacia el piso inferior.)
¿Ana?

(ANA sube las escaleras saltando alegremente. Tiene trece años, se mueve ágilmente, muestra curiosidad por todo y se la ve sumamente impulsiva. Lleva una cartera escolar en la mano y se viste con una capa y calcetines altos de lana.)

SR. FRANK. (Siguiendo con las presentaciones.) Mi esposa Edith. El señor y la señora Van Daan. (La SRA. FRANK va hacia ellos y les estrecha la mano afectuosamente.) Su hijo, Peter; mis hijas, Margot y Ana.

(ANA se acerca al señor y la señora VAN DAAN y hace una leve reverencia al darles la mano. Después comienza una gira de inspección por todo el cuarto, su nuevo hogar, llegando hasta el altillo. MIEP deposita unos termos con leche sobre el banco del fregadero.)

SR. KRALER. Siento mucho que aún esté todo tan desordenado.

SR. FRANK. Por favor, no se preocupe. Además, nosotros vamos a tener tiempo de sobra para arreglarlo.

(El Sr. KRALER entra en la habitación de la derecha y deja las carteras en el suelo, al lado del tocador.)

MIEP. *(Señala hacia el armario, bajo el fregadero.)* Aquí hemos colocado las reservas de alimentos que envió. Las medicinas en este lado, el jabón allí, la ropa de cama...

(El Sr. FRANK deja su sombrero sobre la repisa de la chimenea y se acerca a los estantes donde está MIEP. Allí también acude la SRA. FRANK. MARGOT lleva una bolsa de comida al armario del fregadero y guarda algunas cosas.)

SRA. FRANK. Gracias, Miep.

MIEP. *(Yendo al cuarto de ANA y dejando allí una maleta.)* He dispuesto las camas como me indicaron el señor Frank y el señor Kraler. *(Yendo hacia la escalera.)* Y ahora van a tener que disculparme si los dejo, pero tengo que ir hasta la otra punta de la ciudad a buscar sus cartillas de racionamiento.

SRA. VAN DAAN. *(Levantándose.)* ¿Cartillas de racionamiento? Pero si ven nuestros nombres en ellas sabrán que estamos aquí.

(El SR. KRALER y MIEP hablan al mismo tiempo.)

SR. KRALER. No pasa nada.

MIEP. No se preocupen, no llevarán sus nombres.
(Saliendo.) Ya volveré después.

SR. FRANK. *(Acercándose hasta la escalera y observándola marchar.)* Gracias, Miep.

SRA. FRANK. *(Preocupada. Al SR. KRALER.)* Pero entonces... *(Se vuelve a su esposo.)* Esas cartillas serán ilegales. ¡Y nosotros nunca hemos hecho nada ilegal!

SR. FRANK. *(Tranquilizando a su esposa con ternura.)* Sí, pero me temo que desde ahora en adelante no vamos a vivir precisamente de acuerdo con las leyes.

(El SR. KRALER tranquiliza a la SRA. FRANK al mismo tiempo que le entrega frasquitos de medicina que guardaba en los bolsillos.)

SR. KRALER. Esto no es mercado negro, señora Frank. Al contrario, nosotros lo llamamos «mercado blanco», porque con ello ayudamos a centenares de personas que tienen que esconderse en Ámsterdam.

(Fuera se oye el carillón, que toca el cuarto de hora antes de las ocho; el SR. KRALER mira su reloj. ANA baja corriendo las escaleras, se detiene en la ventana, separa las cortinas y mira hacia la calle.)